

Anexo N° 2:

Castro Caicedo, G. (2001) 'Las locuras del Emperador', Gatopardo, 11:30-37

Las locuras del emperador

Por Germán Castro Caycedo

Desde el comienzo de su gobierno, Alberto Fujimori fue chantajeado y atemorizado por el misterioso Vladimiro Montesinos. El escritor Germán Castro Caycedo cuenta la historia de las demencias del gobierno peruano.

El presidente estaba sentado en una silla de cedro un poco más alta que su cabeza. Esa mañana Vladimiro Hlich le había dicho "Ingeniero, cámbiese usted los calcetines blancos, no van con ese traje oscuro". La ropa marcando cuatro arrugas sobre el vientre, las manos entrelazadas, esa ropa apretada al cuerpo. Y las piernitas más cortas que las patas de la silla. Los piecitos colgaban, estaban suspendidas en el aire. La grandeza se hallaba en la talla profunda del barroco cuzqueño labrado en esa silla.

El rostro del presidente, sus ojos diminutos, la vertiente de los párpados reducida al lado izquierdo, todo era tan indefinible como la luminosidad de Lima. Igual que todas las mañanas, detrás del gesto debía estar agazapado el terror que lo acompañó desde cuando le dijeron que

podría ser presidente de la República.

Durante la campaña, sus oponentes políticos habían descubierto que él y su mujer eran evasores de impuestos. Si lo llevaban ante la justicia y, además, hacían pública la denuncia, Fujimori iría a la cárcel. Adios Presidencia de la República. Hasta siempre, dignidad.

Francisco Loaza, entonces el hombre más cercano a Fujimori, le presentó a Vladimiro Hlich Montesinos, "un abogado hábil, usted sabe capaz de desaparecer de la Fiscalía cualquier documento secreto". Tres días más tarde regresó Vladimiro Hlich con un paquete de folios bajo el brazo. "¿Y esos documentos? Con ellos pueden crucificarme", dijo Fujimori. "Los conservaré yo", respondió Vladimiro Hlich y luego le advirtió: "Planean un atentado contra su vida". Fue una de las pocas veces que el rostro de Fujimori presentó algo. Estaba aterrado. "Tengo contactos en el Servicio de Inteligencia. Yo puedo conjurar el peligro", le explicó Vladimiro y se despidió.

Fujimori preguntó por que Montesinos se llamaba Vladimiro Hlich y le

explicaron que su padre, un intelectual y su tío Alfonso, otro intelectual, eran leonistas y al chico le pusieron ese nombre. Y luego le castraron la posibilidad de determinar su propio destino: vivían en un lugar pobre porque el padre, a pesar de su socialismo immaculado, era escribano de la cuna peruana, y con lo poco que ganaba debía sostenerlos a todos. Pero además bebía. Y cuando regresaba a casa ponía a arder unos cirios y se acostaba dentro de un ataúd. Los vecinos entraban a mirarlo y reían. Luego del amanecer, el padre despertaba a sus pequeños y los hacía cantar la Internacional Socialista. Si bajaban el tono de la voz porque el espectáculo los avergonzaba, él los obligaba a repetirla. Cuando Vladimiro Hlich pisaba la calle, era el hazmerreír de Arequipa. Un poco después, la madre murió de pena.

Creció silencioso. Quería ser abogado, soñaba con las leyes y la literatura, con tocar el violonchelo, pero su padre lo metió en el ejército. Los militares peruanos trajinaban entonces ideas de izquierda.

Unos años más tarde, siendo teniente, Vladimiro Hlich llevó a Fran-

cisco Loaiza hasta la casa de su familia: un barrio miserable, una vivienda con cuatro trastos en desorden. Sobre una cama estaba el cadáver del padre y sobre la pequeña mesa y en el suelo, frascos de barbitúricos vacíos. Vladimiro Hlich miró a Loaiza y le preguntó: "¿Crees que este hijueputa llegue a arruinar mi carrera militar con el suicidio?"

Y Alberto Fujimori? Ese no es su verdadero nombre. De acuerdo con la cultura japonesa, su padre tomó el apellido de un amo para el cual sirvió en los campos de aquel Japón feudal que antecedió a Pearl Harbor y llegó a su final con McArthur.

Aparte de su familia y de dos o tres amigos muy cercanos y, desde luego, de Vladimiro Hlich, nadie sabe con precisión dónde nació, cuándo nació y como nació. «En el Japón antes de que sus padres emigraran? ¿En alta mar? ¿Luego de llegar al Perú?»

Pocos días antes de alcanzar el poder, Vladimiro le dijo: "Ingeniero, es muy grave aspirar a la presidencia sin haber nacido en el Perú: la cárcel, la persecución...". Francisco Loaiza lo calló con la mirada. Horas después se presentó ante Fujimori con dos sobres en la mano. Le entregó uno con la fotocopia de los registros civiles tachados en algunos apartes, y retuvo el segundo. "¿Que contiene ese?", le preguntó Fujimori, y Montesinos respondió: "Las fotocopias de los originales antes de ser adulterados. Las conservaré yo".

La siguiente semana, Vladimiro Hlich apareció con una hoja de papel en la mano y mientras se la entregaba, le preguntó: "Ingeniero: ¿Usted sostuvo esta conversación telefónica?" Fujimori leyó el texto y: "Sí, abogado. ¿Qué está sucediendo?", dijo, y luego de una mirada larga y un silencio largo, Vladimiro le explicó: "Ingeniero, la marina ha interceptado sus comuni-



En cuanto Vladimiro lo atemorizaba con la idea de un atentado, "el chino" se refugiaba en la embajada de Japón en Lima.

caciones. Lo quieren acorralar", pero, agregó dibujando una sonrisa fría como es él: "Duerma usted tranquilo, ingeniero. Yo estoy en capacidad de conjurar este atropello".

Quien había interceptado los teléfonos de Fujimori era el mismo Vladimiro Hlich.

Llegó el triunfo. Fujimori no lo podía creer. A pesar de todo, jamás había soñado con llegar a la presidencia. Le enviaron un auto negro con dos pequeñas banderas del Perú al frente,

seis motociclistas, coches escolta. A su lado se acomodó Francisco Loaiza. "Fujimori parecía en estado catatónico, no respiraba, no hablaba, no se movía dentro de aquel coche. Esa noche, 'el Chino' estaba pasando de la limonada al *cañic*", dice Loaiza.

Celebraba el triunfo en un restaurante con la gente de su equipo. Vladimiro Hlich no iría, deseaba mantenerse tras la sombra del caudillo, pero antes de partir le dijo delante de Loaiza: "Ingeniero, tramé envenenarlo". Fujimori asistió a la cena pero no como nada, no bebió nada. Apenas despegó los labios para decir algo. Ahí nació en el un temor que lo acompañaría siempre y en adelante tuvo a su lado a un cómetero de confianza.

Diez años después, antes de huir derrotado, hizo un viaje silencioso a Nueva York. Para sus ministros era innecesario, absurdo. Allí se alojó en el Waldorf Astoria, vigilado por una escolta de seguridad que le procuraron los estadounidenses. La mañana siguiente, su secretario personal se comunicó con el consul del Perú y le preguntó donde podía comprar una pizza sana. "Sana". Aquí todo es sano", respondió aquel, y el secretario le explicó: "Es que el señor presidente desconfía de la cocina del Waldorf y de los escoltas estadounidenses: piensa que pueden envenenarlo".

Los diez años de Fujimori en el poder estuvieron marcados por el terror y las fugas recurrentes. En cuanto Vladimiro Hlich lo atemorizaba con la figura de un atentado contra su vida, "el Chino" se refugiaba en la embajada del Japón en Lima o en las instalaciones del Servicio de Inteligencia, territorio de Montesinos.

En el Perú a todo aquel que tengamos ojos rasgados, así sea japonés, le dicen "chino". Cuando Fujimori, profesor de matemáticas desconocido fue elegido presidente, el país lo llamó "el chino de la suerte" y llevó ese

Página opuesta: Montesinos saliendo de los anillos usados para entrar en la tomada de residencia del embajador japonés. Esta página, de arriba abajo: Fujimori con su hija Keiko durante su grado en la Universidad de Boston. Manifestación antifujimorista contra Keiko. La familia presidencial De la Torre, Hiro y Sachu. Sentados: Kenji, el presidente, Susana y Keiko.

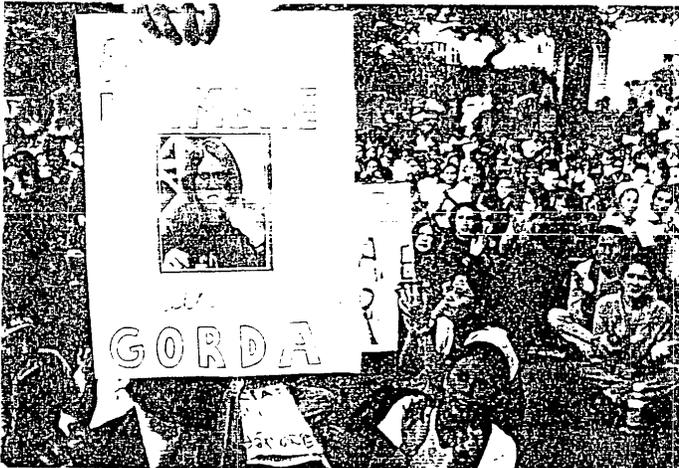
sobrenombre hasta el día que se escapó del Palacio de Pizarro, dejando a la primera dama, su hija Keiko Sofia, flotando en el vacío. Se fue sin una explicación, y una vez en Tokio renunció por e-mail. Desde luego ella quedó dando la cara por algunos actos del gobierno de papa.

Un poco más tarde, cuando Vladimiro Hich se consolidó como amo del servicio de Inteligencia Nacional, una institución cuyo nombre aun aterra a los peruanos, encuentro allí a Segisfredo Luza, un psiquiatra que figuraba como consultor científico o algo así para el cerebro de una locura llamada operaciones psicosociales.

Tres décadas atrás, Segisfredo había llegado a convertirse en el gurú emplumado del psicoanálisis entre la clase intocable de Lima. Se casó con una mujer de la alta sociedad, algo inconcebible allí para un mestizo, y de su mano pudo asomarse al "ghetto" de los blancos. Luego se murió entre ellos. Era el dueño de sus temores y sus complejos, sus fobias, sus inseguridades.

Pero una tarde se posó en el diván una pintora llegada de una provincia pequeña y él comenzó a tratarla y se enamoró de ella y ella de él. Marta, la artista, terminó peinándose y vistiéndose como la esposa de Segisfredo. Dos meses después de conocerlo, se hizo la cirugía plástica en la cara buscando el aire de aquella. La clase no se consigue con el trazo de un bisturí en el mentón.

Teresa, así se llama la esposa, parece una mujer fuera de serie. En una de las pocas fotografías que encontré en la prensa, entonces, se ve sentada al lado de Segisfredo en la plaza de Flores de Acho. Lleva un sombrero largo con una cinta que cae y unos anteojos de sol, y mira hacia el lado con-



trario de su marido. Ella sola parece llenar el tendido.

Pero la pintora quería casarse con Segisfredo y aprovechando un viaje de la pareja a España, le dijo a un árabe joven y amigo "casemonos". Armaron la coreografía para una escena de celos y cuando Segisfredo regresó del viaje, se enteró. Una noche cito en su consultorio a Fares, así se llamaba el árabe, y le pegó dos balazos. Luego trasegó con el cadáver sangrante por el edificio. Lo bajó a rastras hasta el sótano, pero no lo depositó dentro del coche y volvió a arrastrarlo escaleras arriba hasta regresar a la tercera planta. En el consultorio lo envolvió con un tapétx y se quedó mirándolo. Se sentía burlado. Deberían ser las once de la noche. La angustia hi-

rense, dice: "el cadáver presenta signos inequívocos de pederastía".

La pena fue benigna. Quien juzgó a Segisfredo se basó "en un grave estado de alteración de la conciencia, alimentado por la fuerza incontrolable de su ira e intenso dolor al sentir que un tercero le arrebataba a su amada".

Sus palabras, entrecortadas pero siempre vehementes, el torcejo con los guardias y tras cada pugilato ese desmadejarse y luego levantar los ojos al techo en busca del amparo divino, surtieron efecto en los jueces de los ojos ahumados. De lo contrario le hubiesen impuesto la condena que ordenaban los códigos.

Lo enviaron a un manicomio donde volvió a ser rey. No en vano se trataba

so a las filas del Servicio de Inteligencia como consultor.

Su creación fueron las operaciones psicosociales: la aparición de una Virgen, el rostro del Señor del Gran Poder en el tronco de un árbol en cualquier avenida limeña, la resurrección de la amante de Drácula en un cementerio cercano al mar, o simplemente una guerra con el Ecuador. Si. Una guerra provocada. Una guerra perdida en el campo, pero ganada en las pantallas de la televisión limeña, en las cuales, más allá de los aviones despanzurrados y los tanques soviéticos, despidiendo columnas de vapor antes del primer disparo, Fujimori chapoteaba entre el barro de la selva al lado de algunas gestas como les decían en el Perú a un grupo



zo su catarsis a las tres de la mañana y se entregó a la policía. "En Fares había juventud", le dijo a quien lo interrogaba.

En ese momento, él tenía treinta y ocho, Fares veintiuno y Marta veinte.

Durante "el juicio del siglo", en el Palacio de Justicia, el juez, el secretario, el escribano, los miembros del jurado y hasta los guardias se colocaron anteojos oscuros: temían que Segisfredo penetrara en su alma. Una vez en aquel tribunal -ahora tenía barba-, comenzó a dar voces y a forcejear con los policías, tratando de evidenciar su alienación.

La sentencia dice que el psiquiatra cometió el crimen impulsado por una pasión obsesiva hacia Marta, y por los celos intensos.

Pero Fares era bisexual. El examen to-

del psiquiatra que valía un Perú. Y no cumplió con toda su condena. Antes de que hubiesen transcurrido los años de que hablaba la sentencia, el general Velasco Alvarado, centésimo nonagésimo cuarto dictador del Perú -"cuando seas militar debes tener el gesto, es pero para que no te tachen de blando, es decir, de civil"-, dijo una noche:

-En alguna mazmorra de este país debe estarse pudriendo un hombre talentoso. Y peligroso, porque al parecer domina los cerebros. Busquenlo y tráiganmelo.

Una semana después, el dictador firmaba un perdón y olvido, o una amnistía, o algo cercano de la juridicidad, vaya palabra, y Segisfredo pa-

De izquierda a derecha: Toledo apoyado por Susana Huarich en un rally de protesta en Lima; Fujimori saluda el día de su posesión en 1990 "El Chino" durante la guerra contra Ecuador con un soldado peruano. El presidente con su famoso traje de anunciar elecciones en agosto de 2000.

de periodistas que se exhibían ahora a su lado. Si. Él había sido el artífice de la victoria en una guerra con sabor a patria y reelegirlo como presidente era un acto patriótico.

Desde luego, como lo había calculado Vladimiro Illich, la guerra como paralela al tramo final de la campaña presidencial; en ese cima, quien contradi-

Foto: M. Escobar / AFP

ese al chino era machacado en la plaza pública y en los diarios y en los programas de televisión comprados por el Servicio de Inteligencia, de manera que logró incubarse una verdadera operación psicosocial cuyo resultado fue un sentimiento, según el cual, nadie podía estar en desacuerdo con el comandante de las tropas peruanas en la heroica guerra de la selva. Y lo reeligieron como presidente de la República. Esa guerra, perdida en el campo pero ganada en los videos, le dio los votos, cinco años más en la cumbre.

El caso es que cuando Montesinos ascendió al poder, encontró a Segisfredo moviendo su batuta en una sección del Servicio de Inteligencia que manejaba a la prensa y la propa-

operaciones psicosociales", le dijo ella frente a la cámara y el paseó los ojos por la nada, tomó en sus manos la gorra que le cubría los cabellos teñidos de rojo, y respondió:

—En el Servicio de Inteligencia nunca ha existido el concepto de operación psicosocial.

Lo cierto es que cuando Vladimiro Hlich tuvo al Servicio de Inteligencia bajo sus tacones, Segisfredo era parte del entorno.

Para no enredar las cosas, es mejor imaginar que Vladimiro Hlich no supo tampoco de la existencia de Segisfredo, a pesar de que ambos son de Arequipa, ciudad de intelectuales y políticos republicanos, bajo un volcán que invade el cerebro de las gentes con una energía

había sido ejecutada por miembros del ejército y del Servicio de Inteligencia enviados por Vladimiro, y el escándalo se tornó incómodo, "y enoioso", según el presidente, alguien en Inteligencia dijo: "Cristo, la Virgen, urgente. Lo emotivo es lo que funciona en estos casos".

—¿Un mal chiste?, preguntó Vladimiro Hlich.

—No, una operación psicosocial, respondo alguien y envío a un tallador a grabar la figura del Señor del Gran Poder en un árbol, pero el Señor tenía que llorar. Las lágrimas deberían ser la savia del árbol. Tres horas después se canceló la operación. Los árboles de Lima estaban secos en aquella estación. No lloraban. ¿Que hacer?



ganda del gobierno.

Una noche lo vi en la televisión. Como todos los políticos y todos los empresarios del Perú, el psiquiatra decía que para él, Fujimori era un espejismo. No lo conoció personalmente, nunca estuvo cerca de él.

—¿Y a Vladimiro Hlich Montesinos?

—Por favor. Tampoco lo vi nunca, jamás hablé con él.

Vladimiro Hlich era el amo del Servicio de Inteligencia, pero Segisfredo nunca alternó con él. Hoy en el Perú la palabra Montesinos tiene el espectro de la lepra en la Edad Media.

Esa noche en la televisión, una periodista le preguntó a Segisfredo por las Vírgenes atormentadas y los santos que lloraban sangre. "Hablemos de las

**Llegó el triunfo.
"Fujimori parecía en
estado catatónico.
Estaba pasando de la
limonada al crack",
dice Loaiza.**

especial y las hace especiales en comparación con el resto de los peruanos.

Aun así, el día que alzó a la luz pública que la matanza de un grupo de desarrapados en un barrio de Lima

Algunos de Arequipa recordó al párroco de una iglesia de su ciudad que se había llenado de oro gracias a las lágrimas de una Virgen y se fue hasta allá. En la sacristía se ocupó de que los matorrales a su lado dejaran ver las armas. "Padre", le preguntó al párroco: "¿Cuál es el secreto de las lágrimas de la Virgen?". "Hijo, es algo íntimo de los párrocos, un secreto que nos enseñó la curia en Roma". Otro sonido de la ametralladora: "Padre, ¿cuál es el secreto?". "Bueno", aceptó el párroco: "es algo católico, apostólico y, ya te lo dije, romano. Sí, las lágrimas. ¿Sabes? Se le pone glicerina bendita a la Virgen Santísima, y llora. Glicerina. Pero eso no se puede divulgar, hijo mío".

Una Virgen de yeso empezó a derram-



mar lágrimas el amanecer siguiente en El Callao y comovió a sus habitantes, luego a los de Lima y más tarde al Perú, porque los medios de prensa saturaron sus espacios con plegarias, especulación y morbo.

Las gentes olvidaron la matanza.

No mucho tiempo después se supo de otro crimen colectivo. Se trataba de estudiantes. Era apenas el comienzo del primer período de Fujimori y desde luego, los asesinatos pertenecían al Servicio de Inteligencia y al ejército. En el centro estaba Vladimiro Hlich.

—La Virgen, la Virgen que llora, dijo aquel un lunes y algún arequipeño, respondió:

—Doc, los climax no deben repetirse. Esta vez resucitaremos a la amante de Drácula. Mira una cosa: se me acaba de ocurrir que si Transilvania tiene a su Drácula, Escocia a su monstruo del Lago Ness, Haití a sus zombies, Tíbet a su Hombre de las Nieves y El Callao a su Virgen que llora, a partir de mañana Pisco tendrá a Sarah Ellen, la amante de Drácula.

Tomó un auto y se fue a Pisco.

En el nicho 118 de lo que allí llaman el Cuartel de San Alberto del cementerio local, halló el nombre "Sarah Ellen". A la fecha de ese lunes le restó la del día de la muerte de Sarah tallada en la lápida y obtuvo ochenta años. Llamó a dos famosos contado-

El psiquiatra creó las operaciones psicosociales, la aparición de una Virgen, la resurrección de la novia de Drácula.

res de historias pisqueñas y grabó esta en sus cabezas, el próximo sábado. Sarah Ellen resucitará y se cumplirá la maldición que ella misma lanzó antes de ser embaulada. "Dentro de ochenta años regresará con sangre".

Sarah había nacido en un lugar de Inglaterra llamado Blackburn. Creció con los típicos gustos ingleses, "sus penecantes ojos azules" y su cabello dorado cantaron a Drácula.

Drácula fue su amante. Sarah Ellen morió a muchos hombres, pero una noche le recó sus colmillos en el cuello de un noble y le morió. Los amigos la empacaron en una caja de un ático de plomo y la expulsaron de Inglaterra.

La tumba de plomo hizo un largo viaje en busca de un cementerio donde no preguntarían nada. Finalmente consiguió la boxeada número 118 del cementerio municipal de Pisco.

La tarde del viernes posterior a la matanza de los estudiantes, Pisco fue invadida por todos los medios de prensa del Perú: la historia enloqueció a la gente. Alguien en el Servicio de Inteligencia ordenó llevar allí conjuntos de rock y trajes negros para los músicos y mil dentaduras de goma con colmillos largos para los jóvenes, mazos, estacas de madera, ajos y crucifijos de protección. Pisco ocupó las cámaras de televisión y millares de personas terminaron cantándole a Sarah. En adelante ella sería la diosa del amor imposible.

Al amanecer del domingo Perú parecía haber olvidado la matanza de los estudiantes.

Las historias de este gobierno son así. Son como Fujimori y Montesinos, ambos marginales, ambos paranoicos, pero el segundo un manipulador titulado que también partió de

Anexo N° 3:

Barreiro, R. (2001) Chávez delega en la Asamblea Nacional cambios legales.

Caracas, martes 04 de diciembre, 2001

ECONOMÍA

Chávez delega en la Asamblea Nacional cambios legales

[Envíe esta noticia por e-mail](#)

RAQUEL BARREIRO C.

EL UNIVERSAL

El presidente Hugo Chávez recordó a los sectores que quieren hacer cambios a las leyes a aprobadas por vía Habilitante, que esta tarea ya no le corresponde, y que son las instancias legislativas y jurídicas quienes deben actuar en ese caso.

'Si hay que corregir algún artículo o ley no es potestad del Presidente. Ahí está la Asamblea Nacional y el Tribunal Supremo de Justicia para eso'.

Durante la instalación del Congreso Internacional de Derecho Agrario, el presidente Chávez señaló que existe un sector minoritario que amenaza con quemar la Ley de Tierras, pero les recordó que 'la ley soy yo. El Estado soy yo'.

El primer mandatario aseguró que 'estamos dispuestos a rectificar, pero si eso es echar atrás la Ley de Tierras, entonces no'.

En medio de un auditorio constituido por representantes del sector público, productores del campo y algunos empresarios, Chávez aprovechó para mencionar las bondades de la Ley de Tierras que entrará en vigencia el próximo 10 de diciembre.

'La pasada Ley de Reforma Agraria establece como límite a la propiedad un tope máximo de 5 mil hectáreas en tierras de menor calidad (...) en la Ley de Tierras llegamos a una definición más flexible (...) Decimos que es latifundio fincas de 5 mil hectáreas en tierras de séptima clase o sus equivalentes que se encuentren incultas'.

La nueva legislación establece además la creación de un certificado de finca mejorable que da a los propietarios de las tierras la posibilidad de hacerlas más productivas en un plazo de dos años.

'Se trata del logro de la equidad y de la justa distribución de la tierra', sentenció.

La intención de la ley es elevar la productividad en el campo. 'El rey de Arabia Saudí nos ha planteado que nos quieren comprar toda la carne que podamos, pero nosotros a veces tenemos que importar carne'. Tal situación se produce, a juicio del Presidente, porque existen muchas tierras que no están siendo producidas correctamente y tienen elevados niveles de ociosidad 'esos grandes latifundios que tienen puñitos de ganado'. Variación institucional

La procuradora general de la República, Marisol Plaza, explicó que el propio 10 de diciembre entrará en funcionamiento del Instituto Nacional de Tierras, ante el cual todas las personas podrán acudir para realizar los trámites que la ley les establece. 'Primero funcionará la figura de la comisión liquidadora, pero el nuevo organismo podrá funcionar y recibir la denuncia de una tierra ociosa'.

Anexo N° 4:

Ronderos, M. (2001) 'El Señor Alcalde', Gatopardo, 9:134-143 y 284-285

El señor Alcalde

Por María Teresa Ronderos

Antanas Mockus, matemático, filósofo y ahora por segunda vez alcalde electo de Bogotá, está cambiando, a través de mensajes audaces, la forma de hacer política en el continente. Pero más allá de sus excentricidades, que lo volvieron famoso, su impecable gestión en la ciudad lo ha convertido en un símbolo de honestidad en un país de corruptos.

Cuando Antanas Mockus, rector de la Universidad Nacional de Colombia, llegó al auditorio León de Greiff, lo vio repleto de estudiantes de arte. Eran como quinientos. El ruido era insoportable. Los chillidos no cesaron ni cuando el decano comenzó a hablar.

En medio del ruido, Mockus cayó en la cuenta que en esos dos años y medio que llevaba como rector había construido una relación privilegiada

con los alumnos de arte. Tenía con ellos un diálogo por medio de símbolos, una conversación por escenas. En alguna oportunidad, por ejemplo, el rector entró en bicicleta hasta un salón de la Facultad de Artes, se acostó en una mesa, y desde ahí, como si se confesara en un diván, dictó su charla. Con esto les mostró que también valoraba la fuerza de comunicación de las expresiones estéticas.

Pero esto que vivía esa tarde de noviembre de 1993 en el De Greiff tenía

poco que ver con su manera de conversar con los estudiantes, ni de arte, ni de ninguna facultad. Ahí, al lado suyo, estaba el decano esforzándose por ser escuchado en medio del ruido. A Antanas la situación le pareció cada de la política. Recordó un momento electoral en Cartagena, la gente trombando y hablando y solo cuando el tono del candidato variaba aplaudían sin ganas. Pensó entonces que era asombroso dirigirse a un auditorio que no escuchaba. Pensó que era



Las apariciones públicas de Mockus, además de su tinte dramático, guardaban una enseñanza pública y moral.

humillante. En esas estaba cuando lo llamaron a hablar a los estudiantes. Sin saber qué iba hacer, tomó el micrófono. Alcanzó a pensar que, por tratarse del rector, guardarían silencio. Pero la rechifla arreció. Y ahí, en un instante, se le ocurrió cómo contestar. Fue una decisión rotunda.

Se bajó los pantalones y le mostró el trasero al público. Una obra de arte, como él la entendía, plena de significados extremos. Con ella les decía: "Soy de ustedes, me someto a su voluntad". Y al mismo tiempo, "los desprecio, me importan un pepino". La rechifla se volvió gritería, y ésta, insultos y algunas voces aisladas de admiración. Un estudiante recogió la agresividad del público y lo regañó. Pero el rector había logrado su cometido y, ante el silencio de los estudiantes, habló ante un auditorio que lo escuchaba.

Esa noche Antanas fue a cine, tranquilo. No esperaba más que un debate universitario sobre el asunto. Se equivocaba. Un aficionado grabó su exposición y se la dio a un noticiero de televisión. Su trasero fue visto en todo el país. Fue un escándalo sin proporciones. Pero también fue el hecho que le abrió una puerta insospechada a esa búsqueda que venía inquietándolo desde joven: cómo transformar el despelote en una vida mejor para la gente sin perder creatividad. Ahí, en ese acto espontáneo de destape irreverente, nació el político posmoderno más caracterizado de América Latina hoy en día.

Al quedar expuesto al público, el acto de Mockus perdió su sentido simbólico y quedó como una extravagancia. Los editorialistas descalificaron al rector. Las imágenes se repitieron día tras día en los noticieros. Pocos días después, el presidente César Gaviria no tuvo más opción que pedirle la renuncia. La última aparición pública del ex rector en ese entonces fue una entrevista en directo a un canal de televisión, en *prime time*, en el cual lloró al ser preguntado qué había sentido cuando le habían exigido la renuncia.

Fotografía: AFP

Antanas regresó a sus clases en la universidad. Ahí sin saber lo que le esperaba, comenzó a explorar su idea de los "anfíbios culturales" que ya había concebido en sus discusiones en la universidad. Como rector había insistido en la necesidad de formar estudiantes que pudieran llenar los espacios sociales, allá, por fuera de la academia, pero llevándose de ésta la disciplina, el argumento racional; y de la realidad traerse a las aulas su diversidad, la complejidad cultural. En otras palabras, tener la flexibilidad de los anfíbios en distintos hábitats.

Esos días calmados y protegidos por el salón de clase no duraron mucho. Un día llamaron a la puerta de su casa del barrio de clase media bogotano donde vivía con su mamá, la artista Nijole Sivikas. Era Gustavo Petro, novato representante a la Cámara que se había desmovilizado del grupo insurgente M-19. Petro le ofreció un renglón en una lista que estaba conformando para el Senado. Mockus no tuvo que pensarlo mucho: como ex rector de la universidad pública estaba inhabilitado por un tiempo para ser senador.

Sin embargo, la idea de meterse en política ya había cruzado por su mente. Un industrial lituano le había dicho en su casa que tarde o temprano iba a tener que lanzarse. Una tarde en la playa de Santa Marta, mientras descansaba, concluyó que sólo lo haría si en el ejercicio de la política podía hacer pedagogía. "La política es la acción pedagógica en su escala máxima", dice Antanas.

Ante la imposibilidad de incluir a Mockus en su lista, Petro buscó a un guerrillero de la corriente de Renovación Socialista -grupo de unos 300 hombres escindido del veterano Ejército de Liberación Nacional- que estaba en ese momento negocian-

do la paz con el gobierno de Gaviria. Viajó a Flor del Monte, pueblito caliente en las sabanas del norte colombiano, donde estaban concentrados los rebeldes. Allá habló de las razones por las cuales Mockus no podría acompañarlos. Pero quedaba el tema de la Alcaldía de Bogotá, el segundo cargo político en importancia en el país. Un campesino que pasaba con su burro les dio la idea: "Ese Mockus", dijo, "ese sería bueno para la Alcaldía". Así quedó lanzado el rector a la alcaldía de la capital colombiana.



A su regreso a Bogotá, Petro se lo anunció al profesor y éste aceptó. Ninguno de los dos imaginó, sin embargo, cuán abrumadora sería su popularidad. En las primeras encuestas barrió a su contendor con 70% de las preferencias. La campaña fue corta y

barata pero suficiente.

No echó discursos emotivos, como lo haría cualquier líder carismático. Al contrario, los criticó y se inventó una "tela de juicio", un lienzo rosado de 500 metros cuadrados con el mensaje metafórico de cuestionar cómo se habían portado con la ciudad.

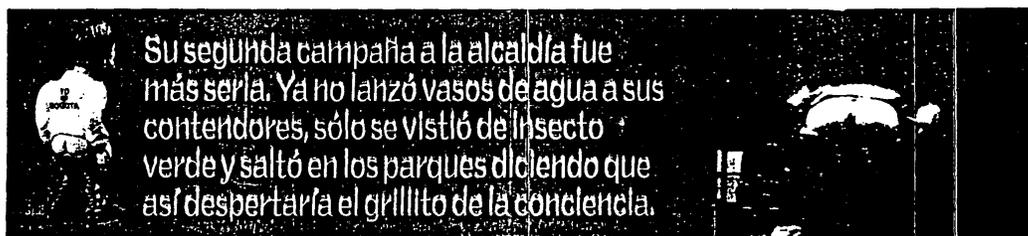
Tampoco llenó de vallas las calles, ni de eslóganes publicitarios la TV, como lo haría cualquier político moderno. En cambio lanzó el juego de la "pirinola" para proponerles a "los ciudadanos en formación" -como llamaba a su movimiento- que si "todos ponen", "todos sacan".

Gastó muy poco dinero: apenas ocho millones de pesos -unos 9.500 dólares de la época-, de los cuales destinó tres millones a comprar pirinolas. Su contendor, Enrique Peñalosa, quien luego sería su sucesor, había gastado 16 veces más dinero y obtuvo un poco más de la mitad de los votos.

Desafiando los multimillones del marketing de imagen, y apenas vendiendo verdades de a puño más bien impopulares, este profesor capitalizó el descontento de la gente que veía a su ciudad infectada por la corrupción y paralizada por el desorden de los gobernantes tradicionales.

"Nos hemos lanzado así, juntos, seducidos por una misma esperanza, hacia tres años de reforma cultural", anunció la noche que supo que 492.033 bogotanos le habían dado el triunfo.

Mockus era una aventura para Bogotá. Un matemático, filósofo, hijo de inmigrantes lituanos desconectados del mundo del poder, que casi no había salido en su vida de la academia y que aún no cumplía 43 años, cómo iba a administrar una urbe caótica de casi ocho millones de personas, llena de feudos y mafias políticas, en medio de uno de los países



Su segunda campaña a la alcaldía fue más serla. Ya no lanzó vasos de agua a sus contendores, sólo se vistió de insecto verde y saltó en los parques diciendo que así despertaría el grillo de la conciencia.

Fotografías: Revista Semana/AP



más violentos de planeta? Podía ser un rotundo fracaso. Y así lo comenzaron a temer muchos en los primeros meses de su gobierno. Se encerró, no habló nada, nombró a dos físicos, un químico y cuatro ingenieros desconocidos por la opinión pública, y a los 77 días de mandato aún no terminaba de armar su gabinete.

Le tomó tiempo "reversar" una forma de mandar que había imperado en la ciudad muchos años. Pero el alcalde profesor contaba con algo que no suelen tener los gobernantes: una buena teoría. Y como dice su amigo, el maestro Carlo Federici: "No hay nada más práctico que una buena teoría". Así, Mockus y su equipo gobernaron con la más original forma de comunicarse que se haya visto jamás en una ciudad de semejantes dimensiones.

A los políticos tradicionales, con el

apoyo de su amiga y recia secretaria de gobierno Alicia Eugenia Silva, les dijo que no venía con la maleta llena de puestos oficiales ni de contratos. Pero quizás su logro más contundente fue que en una ciudad como Bogotá se volviera a valorar la vida.

"Aquí en Colombia nos parece que está bien morir o matar por dignidad, por orgullo, pero ¿de qué le sirve a uno salvar el honor si se ha perdido la vida?". Era una reflexión que repitió muchas veces Hugo Acero, asesor en seguridad del alcalde.

El símbolo más utilizado en su gobierno fue la zanahoria, por ser el símbolo universal del incentivo, el contrario del garrote. Pero además, la zanahoria es sinónimo de buen comportamiento: en la Bogotá de los años sesenta, las muchachas 'zanahorias'

Página opuesta: arriba, Mockus como Diógenes. Abajo, mostrando el trasero en la Universidad Nacional. Arriba: a pesar de las críticas, Mockus hizo un espectáculo cuando contrajo matrimonio en un circo.

eran, al contrario de las 'remolachas', muy recatadas y juiciosas. Así se impuso la 'hora zanahoria' que obligó a los bares a cerrar a la 1 a.m. Con la medida, muy rechazada por una ciudad rumbera y alcohólica, bajaron los índices de accidentalidad por exceso de consumo de alcohol y las muertes violentas.

En contravía de una tradicional costumbre navideña, Mockus prohibió el uso de los fuegos artificiales. Decenas de niños se salvaron de quedar desfigurados o de morir quemados. A quienes no cumplieron, los

hizo ponerse una camiseta de 'no a la pólvora', ir a la cárcel y lavar con agua y jabón el suelo "para limpiar las manchas que dejó la pólvora en sus manos pecadoras".

Y -con toda la cúpula militar de la época en contra- propuso el desarme total de los ciudadanos para lo cual dio una batalla legal que perdió. No obstante, limitó el porte de armas hasta donde pudo y estimuló campañas para que las pandillas fundieran sus puñales y revólveres caseros y las volvieran esculturas. Cuando le dijeron en el gobierno nacional que no era bueno su desarme en tiempos de guerra como los que vivía Colombia, que el palo no estaba para cucharas, Antanas ofreció una respuesta contundente: fundió las armas entregadas por los ciudadanos, en cucharas.

Se enfrentó al entonces presidente Ernesto Samper porque le prometió 3.000 nuevos policías para la ciudad y sólo le dio 450. En la ceremonia de posesión de los policías, Mockus dijo que no iría a "la fiesta de un aguafiestas". Después, en una jornada ciudadana de reconciliación, invitó al presidente, con una carta y un ramo de zanahorias, a que se amistarán. El presidente se excusó, pero Antanas, en el séptimo paso de la jornada que denominó el Árbol de las Disputas Transformadas, escribió su queja contra Samper. Hizo muchos otros ejercicios similares por toda la ciudad para que la gente "aprendiera el truquito de la reconciliación" y se quitara el "venenito atravesado".

No eran simples recursos estrambóticos para ganar adeptos. Recibió la ciudad con 73 homicidios por cada cien mil habitantes, y al finalizar 1997, el índice bajó a 51 por cada cien mil. Otra de sus grandes transformaciones fue cambiar la conciencia y por tanto, el comportamiento ciudadano. Con sus ideas de ley, moral y cultura, cocinadas en muchos hervores durante los tiempos de la

academia, Mockus y su "ingeniero de la cultura", el físico Paul Bromberg, inventaron juegos para fomentar la autorregulación, el estímulo al buen comportamiento y propiciaron el juego limpio bajo el lema de "recursos públicos, recursos sagrados".

Crearon, por ejemplo, una campaña para "denunciar" a los buenos taxistas, los que conducían bien y eran eficaces y amables. La lógica del castigo al revés. Los primeros 150 denunciados fueron diplomados por el alcalde como "Caballeros de la ce-



Le mitó el porte de armas hasta donde pudo y estimuló campañas para que las pandillas fundieran sus puñales y revolveres y los volvieran esculturas.

bra": los que respetaban al peatón que cruzaba la calle.

En un acto de llamado a la guerra simbólica, la Alcaldía repartió miles de tarjetas -rojas por un lado con el dibujo de una mano con el pulgar hacia abajo y verdes por el otro con el pulgar hacia arriba-. En cambio de insultarse entre conductores, la gente las sacaba para prender a quien infringía una norma de tránsito o para aplaudir a quien respetaba las normas o demostraba cortesía.

En lugar de policías de tránsito,

Mockus sacó a la calle "formadores de ciudadanos", que le decían a la gente cómo cumplir las normas. Buena parte de este ejército era integrado por niños callejeros. Cuando un conductor cometía una falta se le abalanzaban, lloraban sobre el vehículo y, con gestos exagerados, le mostraban a toda la gente la molestia que había causado. Por lo general el pobre conductor pasaba la peor de las vergüenzas y jamás lo volvía a hacer.

Descubrió el gobierno mockusiano que en Colombia -un país particularmente propenso a violar las leyes- más que a la autoridad la gente teme a hacer el ridículo. Y que, con tal de no hacerlo, cumple la norma.

Las lecciones del profesor Mockus quedaron metidas en el alma de los bogotanos. Por eso hace algunos meses, tres años después de haber salido de la Alcaldía, y cuando Mockus estaba en su campaña de reelección, un taxista vio a un ciudadano que taponaba con su automóvil el paso de una calle y dijo:

"Ahora que vuelva Antanas eso no va a pasar más. La gente sabe que eso a él no le gusta".

Comunicarse no fue siempre fácil para Antanas Mockus. Al contrario. Creció siendo distinto. Su mismo nombre, Antanas Mockus, era raro. Un tiempo sus compañeros le decían "Mockos". Él para evitar la burla, decía que su apellido era "Mockus". Sus padres se conocieron en Lituania, en medio de los horrores de la guerra europea, huyeron del stali-

nismo y, con un programa de ayuda a refugiados que organizó las Naciones Unidas, vivieron en campos improvisados en Alemania. De ahí emigraron hacia Colombia con otros 400 lituanos. Desembarcaron en el sopor del puerto de Buenaventura, en el Pacífico, en octubre de 1950, viajaron en tren a Cali y luego volaron a Bogotá.

Su padre Alfonzas, que apenas había estudiado un par de semestres de arquitectura, y su mamá, graduada en bellas artes, se fueron a vivir a una casa al ba-

Foto: Alberto Rivera/Semana



Fotografía: Archivo particular/Revista Semana

Arriba: Antanas con sus abuelos en Lituania a los veinte años. Derecha: cuando era niño, Mockus era genio y un poco desadaptado. Página opuesta: Mockus pidió perdón por abandonar la Alcaldía en una extraña cerononia indígena.



riero alemán en el centro de Bogotá en compañía de un profesor de filología clásica llamado Jouzas Zarranka. Antanas nació en 1952 y dos años después nació su hermana Ismena. Ambos se criaron entre los libros de Jouzas, que dictaba clases de latín y griego por toda la ciudad; Antanas absorbió la voluntad de hierro de su papá, estudiando inglés e ingeniería por correspondencia, escribiendo sus exámenes con letra perfecta y sintió como propio el sacrificio de su mamá que se echó al hombro la educación de sus hijos en el Liceo Francés, haciendo ilustraciones para el diario *El Tiempo* y la revista *Cromos* y moldeando cerámicas que no le gustaban, pero que se vendían.

Antanas, alimentado con la lectura melodiosa de cuentos cada noche, con la culpa de un buen católico que sabe que obra mal y con una inteligencia privilegiada, entró al colegio a los seis años.

Un poco solitario siempre, tímido, más amigo de los profesores que de los estudiantes, fue siempre el mejor de su clase, el mejor del colegio. "La mente más brillante que haya pasado por este colegio", dijo uno de sus compañeros. Hay inclusive en el Liceo Francés de Bogotá una placa que lo re-

gistra. Pero era también un poco desadaptado: demasiado intenso en su sentido de la justicia; en tercero de primaria se agarró a puños con unos niños que se declararon nazis y empezaron a pegarles a los judíos de la clase; demasiado romántico: a los 15 años amenazaba con suicidarse de amor y le gritaba, en mitad de la clase, a una compañera que había estado siempre secretamente enamorado de ella; demasiado artista: en segundo de bachillerato cuando hizo su exposición sobre Lituania, bailó con tal ternura que conmovió a varios compañeros que aún hoy no lo olvidan.

Pero Mockus es recordado en el colegio sobre todo por sus valientes actos simbólicos. Una vez un profesor lo puso a leer *Oda a Stalingrado* y él "le agregó un textico diciendo yo, hijo de inmigrantes que han sufrido por este hecho, ¿qué hago aquí leyendo este poema?". Muchas veces tuvo que izar la bandera por ser el mejor de la clase y entonces debía leer algún tra-

bajo de un prócer. Él exponía su trabajo en forma aburrida, y entre párrafos protestaba contra las injusticias del colegio, o se preguntaba sobre qué diablos tenía que ver lo que leía con sus preocupaciones cotidianas.

Cuando algún profesor quería callarlo, seguía leyendo su monótono trabajo como si nada hubiera ocurrido.

"Para mí fue un personaje definitivo, me abrió los ojos a otras realidades, a enfrentarse con uno mismo, a saber que se puede ser inconforme y expresarlo", dice Leila El'Gazi, una de sus compañeras más cercanas.

Un año después del famoso Mayo de 1968, Mockus llegó a Dijon, Francia, con una beca para estudiar matemáticas. La universidad era protesta, existencialismo, rescate del individuo y de la libertad. Mockus se lo tomó en serio y el año que estuvo se dedicó a leer a Kafka. Andaba deprimido y cansado con la abstracción de los números, no porque estuviese psicológicamente mal, sino más bien porque vivía lo que leía. Kafka, le decía su amiga argentina. Enamorado —como lo ha seguido siendo toda la vida— dejó definitivamente atrás sus ideas de volverse cura.

Volvió a Bogotá y el regreso estuvo caracterizado por el caos propio de los regresos. Fue conductor de tractor en los Llanos Orientales, maestro de pueblo en Medina, asistente de exposiciones para su mamá, hizo muebles de soldadura —todavía esos estoperoles de ángulos de acero son los muebles de su casa—, recorrió el sur del país en busca de un lugar donde montar un taller para fabricarlos y poder vivir de eso.

Pero de nada le sirvió la huida. Los profesores de matemáticas lo buscaron de vuelta para que enseñara topología, la abstracta ciencia de las formas. Tuvo suerte porque no llegó a enseñar a los matemáticos, sino a los maestros de

matemáticas. Entonces le tocó ponerse a estudiar a fondo el arte de enseñar.

Y desde ese primer curso retomó su preocupación por la conexión entre la academia y la vida cotidiana. Siempre dedicó unos minutos de clase a comentar algo de la vida de los estudiantes o del país. "Tenía una relación exquisita con los alumnos, fácil, cercana, donde podían hablar de todo", dice Carlos Augusto Hernández, otro matemático que ha sido uno de sus amigos del alma.

ños de libertad e imaginación, el grupo de Mockus no se metió en los "ismos" que arrastraron a muchos de su generación, a los que terminaron en la izquierda democrática o incluso en las guerrillas del M-19, en las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia o en el Ejército de Liberación Nacional.

"Era una visión más estética de lo político", dice Hernández. "Soñábamos un mundo con imaginación, sensible, generoso". Y además experimentaron y se divertieron. Crearon la Brigada Mariposa #30, una brigada que "quería infectarlo todo de imaginación" y el periódico *El Balde*, cuyo lema era "no escupa en el suelo, escupa en *El Balde*", donde cabía de todo.

La universidad también lo absorbió en sus discusiones intelectuales. De esas cavilaciones, a finales de los años setenta, salió el grupo Federici, el "tanque" de pensamiento donde Mockus, Hernández, el también matemático Jorge Charun, el físico José Granés, la psicóloga María Clemencia Castro, la matemática Berenice Guerrero, que al lado de Carlo Federici, matemático italiano que había llegado a Colombia en abril de 1948, buscaban qué era eso de educar.

La primera vez que se reunieron fue en un salón luminoso, con una mesa circular. Querían provocar a Federici. "Me lo presentaron como un humanista, como

si eso fuera prehistórico", dice Mockus. Pero después todos llegaron a admirarlo por su apertura mental y calidez. Ese grupo Federici produjo documentos influyentes en pedagogía: logró que el currículo del ministerio de educación creyera más en las capacidades y experiencia de los maestros.



Quando un conductor cometía una falta se le abalanzaban unos mimos callejeros, lloraban sobre el vehículo, y le mostraban a toda la gente que había molestado con su acto.

La universidad se lo tragó. Pero no la universidad de las ideologías políticas, donde el maoísmo y el leninismo despertaban la pasión por irse al monte a hacer la revolución. Quizás porque a su abuelo lo apresaron los comunistas rusos, o porque su sensibilidad e inteligencia le impedían seguir dogmas y verdades absolutas: o porque los años en Francia lo marcaron con otros sue-

pasa a la página 284

MOCKUS

Por entonces, a Antanas lo recuerdan sus colegas como un *hippy* "zanahorio", para usar sus propias palabras, contestatario, muy hábil para argumentar, estoico y absurdamente trabajador. Podía pasar horas sin comer, sin dormir, leyendo, escribiendo, argumentando, buscando la palabra exacta, la imagen exacta de lo que se quería expresar. Y enamorado. Hasta el mismo Federici recuerda que en su larga vida nunca vio a nadie sufrir tanto, "más allá de lo que se puede sufrir comúnmente por una 'cuestión amorosa'". Ya vivía con su primera esposa Danute, otra lituana, bella, la mamá de su hija Audra, hoy economista también brillante. Años después formó otra pareja y tuvo a su hijo Manuel José. Hoy está casado con Adriana Córdoba y con ella tiene a Laima, y espera su cuarto hijo.

Cuando el presidente Virgilio Barco lo nombró rector de la Universidad Nacional en julio de 1988, el economista Ricardo Mosquera sabía que necesitaba un equipo de primera para modernizar la universidad. Sabía del grupo Federici y los llamó para invitarlos a hacer parte de su equipo. "Mejor lo apoyamos desde la base", le dijeron. Él les respondió: "Yo soy de la base como ustedes, pero ahora ya nos tocó a nosotros. Escojan a alguien para que me acompañe en la vicerrectoría".

Mosquera tenía la esperanza de que el escogido fuera Granés, y no Antanas, un tipo mechudo, con chaqueta de cuero raída, que usaba tenis sin medias, "un loco interesante", pero un loco al fin y al cabo.

Los temores de Mosquera se cumplieron. Fue Antanas quien se le presentó. Mosquera lo nombró su vicerrector académico. Anunció la noticia el mismo día en que lanzaron el libro *Representar y Disponer*, la tesis laureada con que Mockus se acababa de graduar de maestro de filosofía. Mockus se adaptó a su nuevo papel y

se puso medias y corbata. Lideró una ambiciosa reforma académica que después consolidó como rector. Entre otras cosas implantó la evaluación de los docentes, estimuló la investigación y reformó el sistema de matrículas.

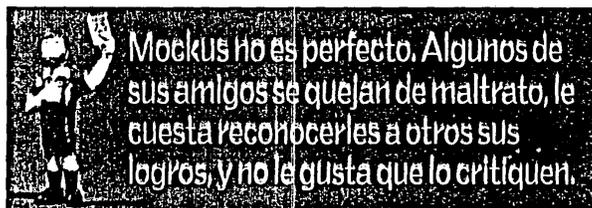
"Gobernar la Nacional era muy complejo, pues tenía una correlación de fuerzas cambiantes. Para cada tema las alianzas eran distintas", explica Raúl Barragán, muy cercano a él en la rectoría y en los inicios de la Alcaldía. Mockus pasó la prueba y fue un gran rector.

Estando de rector viajó a dar una conferencia en la sede de la universidad en Manizales, esa ciudad culta y pacata trepada en las montañas de la cordillera Central de Colombia. Se encontró con que unos encapuchados -uno de ellos, al parecer, armado- se habían tomado la vicerrectoría y una comisión trataba de nego-

nas, él se la puso en señal de comprensión, y salieron del recinto. Esa noche desocuparon la sede.

Pero en esa ocasión alguien de la comisión, celoso por el éxito de Mockus, salió por la televisión nacional y afirmó que Mockus se había orinado en los estudiantes. La mentira quedó convertida en mito. Fue el primer escándalo público de Antanas y la primera vez que muchos colombianos oyeron hablar del estrambótico rector. La segunda vez fue el acto de su trasero immortalizado en TV que le costó la rectoría. No alcanzó a concretar su revolución en la universidad. Pero no fue su culpa. Había caído en su ley. No obstante, cuatro años después, cuando abandonó la Alcaldía de Bogotá faltándole ocho meses para que terminara el período para el cual había sido elegido, sí fue por voluntad propia. Una equivocación que congeló las ilusiones, ya no

de unos estudiantes y profesores, sino de una ciudad entera.



Mockus no terminó su primer período como alcalde. En 1997 decidió lanzarse a la Presidencia. Sentía que desde lo local no podían cambiarse las cosas; que cuanto mejor lo hacía Bogotá (más que duplicó sus ingresos por impuestos, sancó las finanzas, abrió las puertas al crédito internacional), más la abandonaba el gobierno nacional. El desarme, aspecto central para avanzar en la protección de la vida, fue obstaculizado desde la nación. A la vez, el país se desangraba con las guerrillas envalentonadas ante la debilidad y la deslegitimación del presidente Ernesto Samper, luego del escándalo de la financiación de dineros del narcotráfico a su campaña y las de muchos otros congresistas y líderes políticos. Mockus honestamente sintió que él podía cambiar las cosas, que él podía "salvar" el país.

Las encuestas que le daban entre 49% y 58% enfrentado con todos los posibles adversarios a la Presidencia le adularon el ego y no quiso escuchar las muchas voces que le rogaron que no se fuera. "Es una embarrada".

dijo el ex ministro de Hacienda Rudolf Hommes. Y fue cierto.

Mockus se lanzó en su "construcción de la confianza nacional", se vistió de apóstol y con otros doce se fue a recorrer el país en campaña para su lista de Senado. Sólo fue elegido, en marzo de 1998, el primero de su lista. Rafael Ordúz. Ese fue el primer golpe.

Luego las encuestas bajaron y en un proceso más bien tortuoso de negociación los candidatos por fuera de los partidos armaron una "tercería" que le disputara la Presidencia a la política tradicional, cuyo candidato fuera elegido por encuestas de opinión. La candidata resultó ser la ex canciller Noemí Sanín y Mockus su fórmula a la vicepresidencia. En ese proceso, acusaría otro golpe: sintió que perdió la partida por lo que consideró la capacidad de manipulación de Sanín, que lo dejó cansado y desarmado, y con su tesis de la confianza en el otro a prueba de lo que sea, hecha trizas. Sus amigos vieron llorar sus ojos al final de este experimento.

No obstante, en la primera vuelta Sanín-Mockus sacaron una votación histórica, aun tratándose de personas que estaban fuera de los partidos y sin maquinarias electorales. Casi tres millones de votos. Muchísimo de Sanín y su carisma, pero sin duda mucho también de Mockus y su honestidad, de sus símbolos cargados de mensajes para la gente.

Volvió a la academia con lo mismo que tenía cuando la dejó: su inteligencia, su transparencia, y lo más increíble, su prestigio intacto. Cuando presentó su proyecto de trabajo en la Facultad de Matemáticas, sus colegas se pararon para aplaudirlo. Y en el Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales lo acogieron con su investigación sobre convivencia ciudadana y celebraron su aporte para que el Iepri conservara la neutralidad activa frente a los extremismos armados.



Antanas Mockus con su gran amigo y profesor, Carlo Federici.

"Le admiro a Antanas lo audaz que fue", dice hoy el ex rector Mosquera. "No le dio miedo untarse de política, a pesar del mito en la academia de que eso quita altura. Y a la política le aportó su disciplina de trabajo y de estudio de la universidad".

Antanas fue reeligido alcalde de Bogotá el pasado mes de octubre. Esta vez de saco y corbata de moda, con su familia saliendo en las páginas de las revistas del *jet set* y la farándula, y aceptado por lo más aristocrático de la ciudad. Pero el secreto del nuevo triunfo no fue su apariencia menos contestataria, aunque muchos valoraran su mayor aplomo. La ciudad le cobró por unos días su abandono y las encuestas lo daban perdedor. Mockus se inventó un ritual del perdón: en una pila pública el líder indígena Jesús Piñacué le lavó el pecado de su renuncia anticipada a la Alcaldía tres años antes, y él, como buen católico, ofreció disculpas y mostró arrepentimiento. Su segunda campaña a la Alcaldía fue más seria, más aburrida si se quiere. Ya no lanzó vasos de agua a sus contendores en la mitad

de los foros para darles lecciones de tolerancia, ni sacó espadas rosadas para simbolizar luchas justas pero cariñosas, ni repartió perninolas. Sólo se vistió de insecto verde por unos días, y saltó en los parques diciendo que así despertaría el grillo de la conciencia de los buenos ciudadanos.

El secreto de Antanas Mockus es que sigue diciendo la verdad. No ha sido tentado ni por el discurso demagógico ni por el efectismo de la publicidad. Por eso se dio el lujo de anunciar más impuestos para una mejor vida, y su valla publicitaria, una sola, no mostraba ni su cara ni su nombre, apenas "unas manos que son para ayudar".

Aunque, por supuesto, Mockus no es perfecto. Algunos amigos se quejan de su maltrato, otros de falta de reconocimiento a su labor, otros más dicen que no acepta críticas con facilidad. Muchos ciudadanos lo encuentran abstracto y confuso, y unos cuantos le han recordado que no puede abusar de su simbolismo porque a veces no es más que un espectáculo, un acto de exhibicionismo innecesario, como cuando se casó con su actual esposa Adriana Córdoba en un circo y salió montado en el lomo de un elefante.

Pero todos coinciden en que es un líder excepcional. Está inventando una nueva forma de hacer política, de construir lo público, en el continente. Con arte ha podido transformar situaciones violentas en experiencias creativas y benéficas. Ha visto la ciudad como un aula de millones de personas donde ha demostrado lo práctica que es una buena teoría. Tal vez no es casualidad que un personaje así surja en Colombia, país donde la política tradicional y su discurso están en ruinas, la política moderna de los millones contaminada y donde los violentos creen que la única forma de política que sirve es la guerra. ■

Bibliografía

- Adam, P. (1992) *El Arte del Tercer Reich*. Barcelona. Tusquets Editores.
- Aguirre J. y Bisbal M. (1990) *La Ideología como Mensaje y Masaje*. Caracas. Monte Ávila.
- Alarico G. y Villalobos J. (1998) *Cómo Gerenciar la Imagen Corporativa*. Caracas. Plain Art.
- Barthes, R. (1990) *La Aventura Semiológica*. Barcelona. Paidós.
- Bobbio, N. (1987) *La Teoría de la Formas de Gobierno en la Historia del Pensamiento Político*. México D.F.. Fondo de Cultura Económica.
- Bobbio, N. y Matteucci N. (1986) *Diccionario de Política*. México. Siglo XXI.
- Bradbury, R. (1993) *Fahrenheit 451*. Barcelona. Plaza y Janés,
- Brito, L. (1988) *La Máscara del Poder*. Caracas. Alfadil.
- Brito, L. (1993) *El Poder sin la Máscara*. Caracas. Alfadil.
- Brown, J. (1978) *Técnicas de Persuasión*. Madrid. Alianza Editorial.
- Cabanellas, G. (1979) *Diccionario Enciclopédico de Derecho Usual*. Buenos Aires.
- Canel, J. (1999) *Comunicación Política*. Madrid. Tecnos.
- Castoriadis, C. (1983) *La Institución Imaginaria de la Sociedad. Vol 1. Marxismo y Teoría Revolucionaria*. Barcelona. Tusquets.
- Castro L. (1991) *De la Patria Boba a la Teología Bolivariana*. Caracas. Monte Avila.
- Chevalier, J. (1967) *Iniciación al Simbolismo*. Barcelona. Ediciones Obelisco.
- Chinoy, E. (1966) *La Sociedad*. México D.F.. Fondo de Cultura Económica.
- Corominas, J. (1987) *Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana*. Madrid.
- Contreras, J. (1990) *Vida Política y Televisión*. Editorial Espasa – Calpe. Madrid.
- Debray, R. (1993) *El Estado Seductor*. Buenos Aires. Manantial.
- Debray, . (1994) *Vida y Muerte de la Imagen*. Barcelona. Paidós.
- De Fleur, M. y Ball-Rokeach, S. (1993) *Teorías de la comunicación de Masas*. Barcelona. Paidós

- Dávila, L. (1992) *Imaginario Político Venezolano*. Caracas. Alfadil.
- Dondis, D. (1997) *La Sintaxis de la Imagen*. Barcelona. Gustavo Gilli.
- Domenach, J. (1966) *La Propaganda Política*. Buenos Aires. Eudeba.
- Dos Santos, M. (1992) *¿Qué queda de la representación política?*. Caracas. Nueva Sociedad.
- Durandin, G. (1995) *La Información, la Desinformación y la Realidad*. Barcelona. Paidós.
- Durandin, G. (S/F) *La Mentira en la Propaganda Política y en la Publicidad*. Barcelona. Paidós.
- Duverger, M. (1996) *Métodos de las Ciencias Sociales*. Ariel.
- Eco, U. (1965) *Apocalípticos e Integrados ante la Cultura de Masas*. Barcelona. Lumen.
- Eco, U. (1995) *Tratado de Semiótica General*. Barcelona. Lumen.
- Eco, U. (1997) *Cinco Escritos Morales*. Barcelona. Lumen.
- Gauthier, G., Gosselin, A., Mouchon, J. (1998) *Comunicación y Política*. Barcelona. Gedisa.
- Gubern, R. (1994) *La Mirada Opulenta*. Barcelona. Gustavo Gilli.
- Guiraud, P. (S/F) *La Semiología*. Lima. Studium.
- Hannah, A. (1974) *Los Orígenes del Totalitarismo*. Madrid. Taurus.
- Hitler, A. (2000) *Mi Lucha*. Bogotá. Ediciones Modernas.
- Héller, H. (1942) *Teoría del Estado*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.
- Huxley, A. (1985) *Un Mundo Feliz*. México D.F.. Editores Mexicanos Unidos.
- Mao Tsetung (1974) *Cinco Tesis Filosóficas*. Pekín.
- Marcuse, H. (1968) *El Hombre Unidimensional*. Barcelona. Orbis.
- Mattelart, A., Biedma, P., Funes, S. (1972) *Comunicación Masiva y Revolución Socialista*. México. Diógenes.
- McQuail, D. (2000) *Introducción a la Teoría de la Comunicación de Masas*. Barcelona. Paidós.
- Naisbitt, J. y Aburdene P. (1990) *Mega Tendencias 2000*. Bogotá. Norma.
- Nock, A. (1983) *Our Enemy The State*. Fort Michell. Hallberg.
- Obach, X. (1997) *El Tratamiento de la Información y otras Fábulas*. Alauda. Madrid.
- Ochoa, O. (2000) *Comunicación Política y Opinión Pública*. México. McGraw Hill.

- Ortega y Gasset, J. (1969) *La Rebelión de las Masas*. Madrid. Espasa.
- Orwell, G. (1995) 1984. Barcelona. Destino.
- Pasquali, A. (1998) *Bienvenido Global Village*. Caracas. Monte Ávila.
- Pasquali, A. (1990) *Comprender la Comunicación*. Caracas. Monte Ávila.
- Pasquali, A. (1990) *Comunicación y Cultura de Masas*. Caracas. Monte Ávila.
- Pasquali, A. (1991) *El Orden Reina. Escritos sobre Comunicaciones*. Caracas. Monte Ávila.
- Pastor M. (1994) *Manual de Ciencia Política*. Madrid. McGraw Hill.
- Pérez, E. (1969) *La Cultura Occidental*. Mérida. ULA Consejo de Publicaciones.
- Ramos, A. (1993) *Comprender el Estado*. Mérida. ULA. Consejo de Publicaciones.
- Rivadeneira, R. (1995) *La Opinión Pública*. México D.F.. Trillas.
- Russett B. y Starr H. (1996) *World Politics*. New York. Freeman.
- Woolf S. J. (1974) *La Naturaleza del Fascismo*. México. Grijalbo.
- Woolf S. J. (1970) *El Fascismo Europeo. Teoría y Praxis*. México. Grijalbo.
- Todorov, T. (1992) *Simbolismo e Interpretación*. Caracas. Monte Ávila.
- Todorov, T. (1993) *Teorías del Símbolo*. Caracas. Monte Ávila.
- Toffler, A. (1991) *El Cambio del Poder*. Barcelona. Plaza y Janés.
- Vilar, S. (1978) *Fascismo y Militarismo*. Barcelona. Grijalbo.
- Weber, M. (1967), *El Político y el Científico*. Madrid. Alianza Editorial.
- Wolf, M. (1987) *La Investigación de la Comunicación de Masas*. Barcelona. Paidós.

Artículos en Revistas

- Rivas, J. (1999) 'Política y Antipolítica: un debate entre viejas y nuevas formas de hacer política', *Cuestiones Políticas*, 22: 11-32
- Paramio, L., (2000) 'Democracia, Ciudadanía y Medios Audiovisuales', *Leviatán*, 81: 19-34

Referencias Bibliográficas Electrónicas

Barreiro, R. (2001) Chávez delega en la Asamblea Nacional cambios legales.

<http://www.eluniversal.com/2001/12/04/04201DD.shtml>

Gutiérrez, R. (2000) La Comunicación Política.

<http://www.rim.unam.mx/TRABFIN/inform1.htm>